



Lyda Naranjo: la bailarina que desafió el tiempo y encontró el ballet después de la maternidad



En la Escuela Municipal de Artes de Bucaramanga, los miércoles, jueves, viernes y sábados tienen algo especial: se llenan de puntas, pas de bourrée y sueños de niñas que, como cisnes en formación, giran con la disciplina que solo un arte milenario puede exigir. Al frente de este semillero de ballet clásico está **Lyda Isabel Naranjo Nisperuza**, una mujer que no llegó al ballet desde niña como lo dicta la tradición, sino que lo abrazó de adulta, después de ser madre, de vivir, de descubrirse.

Lyda nació en Bogotá, pero su acento es más santandereano que capitalino. Creció en Bucaramanga, y aunque en su infancia bailó en obras escolares una vez se disfrazó de una gatica que actuaba y danzaba, el ballet no fue su camino inmediato.



Su destino parecía otro, hasta que a los 24 años, en Buenos Aires, con dos hijas ya grandes y una vida avanzada, tomó su primera clase formal de ballet. Ahí empezó todo. “Fue una decisión que cambió mi manera de respirar, de pararme, incluso de hablar”, confiesa. Y no exagera.

Hoy, a sus 37 años, **Lyda** es mucho más que docente. Es guía, inspiración y ejemplo para más de 40 niñas y un niño, que ven en ella la prueba viva de que los sueños no tienen fecha de vencimiento.

“El ballet es un estilo de vida”, afirma con la serenidad de quien sabe lo que cuesta construirlo. Les enseña a sus estudiantes mucho más que posiciones o secuencias: les enseña conciencia corporal, hábitos saludables y, sobre todo, respeto por su instrumento principal: el cuerpo.

Sus clases no solo hablan en francés, como dicta la tradición del ballet clásico, también hablan de autoestima, de identidad, de disciplina emocional. En un salón con espejos, barras y pisos pulidos, se entrenan niñas entre 7 y 17 años. Algunas ya han recorrido escenarios, otras apenas descubren que bailar también puede ser sanar.

Lyda quiere que la recuerden como ella recuerda a su maestra de jardín: con admiración y cariño. “Ella era paciente, humana, íntegra. Así quisiera que me vieran mis alumnas”. Lo logra. Solo basta con escuchar a Isabella o a Helen Gabriela, dos estudiantes que describen el ballet como una forma de expresar el alma o de salir de la rutina diaria para encontrarse consigo mismas.

El ballet llegó a su vida cuando ya parecía tarde, pero ella lo convirtió en su destino. Hoy, como docente de la **EMA**, **Lyda** es testimonio de que el arte no exige edad, solo pasión. Y eso, en cada clase, lo demuestra con el mismo rigor con el que se hacen los grandes sueños: en puntas, con el alma erguida y la convicción de que siempre se puede volver a empezar.

Oficina de Prensa y Comunicaciones Escuela Municipal de Artes y Oficios de Bucaramanga -EMA-